

El tesoro de Moctezuma

En realidad todo empezó en un tiempo mítico, cuando Quetzalcóatl, el dios civilizador de los toltecas, fue humillado por Tezcatlipoca y otros hechiceros, sus enemigos, y tras huir hacia el Oriente se sacrificó a sí mismo a la orilla del mar, en un lugar que se llamó, por eso, el Quemadero.

... los viejos dicen que se mudó en lucero del alba
el que aparece cuando la aurora. Vino entonces,
apareció entonces, cuando la muerte de Quetzalcóatl.

Dice la leyenda que volverá un día a reinar en su vieja ciudad, Tollan, regresando del Oriente. Por eso, cuando tres años después de que Moctezuma Xocoyotzin iniciase su reinado, el año 13 calli (1505), comenzaron a observarse multitud de presagios funestos, la profecía de Quetzalcóatl se hizo presente en el ánimo del melancólico y supersticioso *tlatoani* de Tenochtitlan, quien, a pesar de no haber sido un devoto de aquel dios, se inclinó muy pronto hacia el que pensaba que iba a regresar al Anáhuac para reinar de nuevo entre los hombres.

Los presagios eran muchos: el Popocatépetl dejó de humear durante veinte días; el año 1508 aparecieron los *tlacahuilome*, fantasmas del fin del mundo, y se vió por Oriente una bandera blanca; dos años después hubo un eclipse de sol y se incendió el adoratorio del templo de Huitzilopochtli; cayó un cometa y resucitó la princesa Papantzin, hermana de Moctezuma; en 1511 apareció un gran pájaro con cabeza humana, cayó una columna de piedra sin saberse por qué; aparecieron en el aire guerreros que peleaban entre sí y en 1516 apareció otro cometa por Oriente y por la noche se oía a una mujer que lloraba, precedente, sin duda, de la *Llorona*, etc. Las interpretaciones de los hechiceros coincidían siempre en considerar que un tiempo de destrucción y muerte se acercaba: no era extraño que

muchos atribuyesen a Quetzalcóatl todos los males por venir y que cuando se vieron en el mar los navíos de Juan de Grijalva y llegaron aquellas noticias a oídos de Moctezuma, éste despachará gente «para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era él el que venía, porque cada día le estaban esperando y como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente y los navíos venían de hacia el oriente, por eso pensó que era él» (Sahagún, 1990: 953; Lib. XII, cap. 3).

Cuando finalmente se supo que los hombres blancos y barbudos habían desembarcado en la costa de Veracruz, Moctezuma se apresuró a enviarles presentes. Desde entonces su actitud fue siempre dudosa y contradictoria: enviaba a los recién llegados regalos cada vez más preciosos y abundantes y, al mismo tiempo, trataba de impedir su avance hacia Tenochtitlan, preparándoles acechanzas sin cuento y enviándoles mensajes tratando de disuadirles para que no llegasen a la ciudad. Claro que los regalos enviados a Cortés lo que hacían era avivar la codicia de éste y su hueste. La mezcla de superstición y terror que embargaba el ánimo de Moctezuma contribuyó a su ruina. Cuando vino a darse cuenta de que Cortés no era Quetzalcóatl, ni siquiera su enviado o embajador, era ya demasiado tarde. (Martínez, 1990: 33 y ss.)

Fray Bernardino de Sahagún ha captado con simplicidad y enorme lucidez ese momento, cuando hace decir a Moctezuma: «Mirad que me han dicho que ha llegado nuestro Señor Quetzalcóatl. Id y recibidle y oid lo que os dijere. Veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte que son todos los atavíos sacerdotales que a él le convienen» (Sahagún, 1990: 954; Lib. XII, cap. 4). De ahí que lo que venimos en llamar el *Tesoro de Moctezuma* y que es en realidad, como vamos a ver enseguida, la suma de muchos regalos de Moctezuma y de otros Señores del México de la época a los conquistadores españoles, sea contemplado y valorado de manera radicalmente distinta por los donantes y los receptores de aquellos presentes: «por un lado la visión de los *mexicas* para quienes los objetos suntuarios tenían un valor simbólico ritual, relacionado con la jerarquía y el mundo de los dioses y por otro, el afán conquistador de los españoles para quienes el oro y las riquezas eran, por su valor material, objetivos determinantes» (García Moll *et al.* 1990: 9).

El *Tesoro de Moctezuma* es, pues, un conjunto muy variado de obsequios, regalos y presentes del propio Moctezuma y de otros Señores a Hernán Cortés y otros capitanes de su hueste. Así, pues, por ejemplo, los capitanes Ordaz y Pizarro, el uno marchando hacia Coatzacoalcos y el otro hacia Tultepec aportarán el regalo del Señor de Coatzacoalcos a Cortés el primero y las muestras de oro de Tultepec el segundo. Por eso, Hernán Cortés, aconsejado por Ordaz, pedirá a Moctezuma que «todos los

caciques y pueblos de la tierra tributasen a su majestad» y que fabricasen cadenas y otras joyas para ellos mismos o para Carlos I.

Aquellos regalos fueron acumulándose en las semanas y meses que siguieron al desembarco de Hernán Cortés en las costas de Veracruz en 1519, pero la mayor cantidad y calidad de objetos suntuarios que constituyen el tesoro de Moctezuma fueron hallados en Tenochtitlan, en el palacio que sirvió de alojamiento a los españoles al llegar a la gran ciudad, capital del imperio. Como dice Bernal Díaz del Castillo recordando, muchos años después, aquella escena:

... Alonso Yañez vió en una pared una como señal que había sido puerta, y que estaba cerrada y muy bien encalada y bruñida; y como había fama e teníamos relación que en aquél aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre Axayaca sospechoso que estaría en aquella sala, que estaba de pocos días cerrada y encalada; y el Yañez le dijo a Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo que eran capitanes y aún deudos míos: el Alonso Yañez se allegaba a su compañía como criado de aquellos capitanes y se lo dijeron a Cortés y secretamente se abrió la puerta; y cuando fué abierta Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro e planchas y tejuelos muchos y piedras de chalchihuites y otras muy grandes riquezas, quedaron elevados y no supieron qué decir de tantas riquezas (Díaz del Castillo, 1984: 341; cap. XCIII).

Tanto los regalos de Moctezuma, como los de otros Señores que se hallaban bajo el imperio de Tenochtitlan, como asimismo los tesoros «conquistados» por Cortés y los suyos, tal como el de Axayácatl, serían cuidadosamente inventariados por los funcionarios de la Real Hacienda Española, desde el primer momento y casi antes de que se conquistase el territorio y se dominase a los soberanos indígenas, a pesar de lo cual, debieron ser miles las piezas de gran valor que se «perdieron» por el camino. Especialmente las piezas de metal se podían hacer desaparecer al transformarlas en lingotes: eso hicieron muchos de los soldados de Cortés, pero también se hizo al llegar a España y otros lugares de Europa, hasta el punto de que, como cita García Granados (1942) se haría verdadera la frase de que «lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini». De otra parte, es fácil suponer que muchos soldados de la hueste de Cortés, sabrían «escamotear» más de una pieza de la rapacidad del capitán y de los funcionarios de Hacienda, que velaban por el «quinto real» (García Moll *et al.* 1990: 97) y, finalmente, algunas «expediciones» no llegarían a su destino, yaciendo hoy en el fondo del mar, como prueba el reciente hallazgo del llamado *Tesoro del Pescador* (Torres y Franco, 1989). El quinto real marcado en las piezas de ese tesoro «es un indicador claro de que estaban destinadas en un principio a formar parte de los envíos regulares que se hacían a los tesoreros de la Corona española y, con toda seguridad, tuvo lugar su asiento en libros y fue puesto en valor por los tasadores» (García Moll *et al.* 1990: 101).

El regalo que Hernán Cortés hacía a Su Majestad Carlos I, fué inventariado y recibido por los procuradores Montejo y Hernández Portocarrero y salía hacia España el 10 de julio de 1519. La lista de los principales objetos del *Tesoro de Moctezuma* la conocemos por Bernal Díaz del Castillo, López de Gómara y Herrera y de la misma destacan piezas que debían ser sensacionales: «una rueda de oro grande con una figura de mónstruo en ella y labrada toda de follajes» y que según Bernal Díaz debía pesar «sobre diez mil pesos»; pero, además, había multitud de objetos de oro, plata, piedras preciosas, plumería, cueros y telas de algodón. Hernán Cortés destinó su mejor navío y su mejor piloto, Antón de Alaminos, para tal envío; los recién nombrados alcaldes ordinarios de Veracruz, Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, fueron los encargados de «ofrecer al monarca el presente que le enviaba la expedición y las cartas y memoriales y para actuar como procuradores de su causa» (Martínez, 1990: 181).

La nao, con los procuradores y el tesoro, llegaría a Sanlúcar en octubre de 1519, cuando el rey Carlos viajaba de Barcelona a La Coruña donde iba a embarcar con rumbo a Inglaterra y Aquisgrán, donde recibiría la corona imperial. Fue en Tordesillas donde recibió a los emisarios de Cortés y, finalmente, a principios de abril de 1520 podría leer en Valladolid las cartas de Hernán Cortés y contemplar el extraordinario tesoro que aquél le regalaba. Emulando a Cristóbal Colón, Cortés enviaba también cuatro indígenas —dos caciques totonacos y dos mujeres a su servicio— para que el rey conociese a los habitantes de aquellas tierras recién descubiertas.

Si la descripción más inmediata del tesoro, tal como se formó en México se la debemos a Bernal Díaz, la primera y más interesante de las que tenemos una vez llegado a España el regalo, es la de Pedro Mártir de Anglería, quien debió contemplar los preciosos objetos en Sevilla y también en Valladolid, dos años antes de publicar la noticia en sus *Décadas*.

Aunque la descripción es muy larga, el estilo de Anglería es tan vivaz y hasta «periodístico» que sería imposible prescindir de dar algunos párrafos de la misma:

Figuraban entre estos [regalos] dos muelas de molino como de brazo, una de oro y de plata la otra, macizas, de idéntica circunferencia y de 28 palmos; la primera pesaba 3.800 castellanos, moneda áurea que, según he dicho ya, supera en una cuarta parte al ducado. En el centro de la misma figuraba como rey sedente en su trono una imagen de a codo vestida hasta la rodilla parecida a un zeme y con un rostro semejante al que entre nosotros sirve para representar los espéctros nocturnos...

[...]

Vinieron asimismo tiaras, mitras, sembradas de diversas piedras azules parecidas al zafiro. De sus penachos cimeras y abanicos de pluma no hallo qué decir. Si alguna vez el ingenio humano mereció premio en el ejercicio de estas artes ninguna de sus obras se hizo más acreedora al primer lugar con tanta justicia. No me admiro en verdad del oro y de las piedras; lo que me causa estupor es la habilidad y el esfuerzo